

HACERSE PAMPINOS*

Mauricio Ostría González
Universidad de Concepción

1. La narrativa del salitre focaliza su atención en el proceso sociocultural producido a raíz de la explotación del nitrato en el norte de Chile. Ese proceso abarca cerca de un siglo y medio, si se consideran las primeras oficinas fundadas en el siglo XIX¹ y menos de una centuria si solo se toma en cuenta el ‘periodo chileno’, a partir de la Guerra del Pacífico y la anexión de las provincias del Norte Grande. Los relatos salitreros asumen, regularmente, como su referente situacional el llamado ciclo de expansión, es decir, los primeros treinta años del siglo XX². Es el caso de novelas como *Hijo del salitre* (1952)³, de Volodia Teitelboim (Chillán, 1916) y *Los pampinos* (1956)⁴, de Luis González Zenteno (Iquique, 1910), de las que nos ocuparemos aquí.

Es de común conocimiento que la explotación del salitre, como todos los procesos de extracción de materias primas en América Latina, se realizó bajo diversas

* Este trabajo es parte de una investigación auspiciada por FONDECYT (proyecto 1030731).

¹ Es verdad que el salitre era conocido desde mucho antes (véase Bermúdez 1963), pero las primeras oficinas o paradas, como se las llamó entonces, se fundan a partir de 1810, aproximadamente.

² *Norte Grande*, la novela de Andrés Sabella, incorpora en sus primeros capítulos, algunos episodios anteriores como una forma de contextualización histórica, además de una “Cronología” (Sabella 1966).

³ Sobre *Hijo del salitre*, véase: Marinello 1959: 45-56; Moretic 1962: 74-77; Bravo Elizondo y Guerrero Jiménez 2000: 22-23.

⁴ Sobre *Los pampinos*, véase: Moretic 1962: 86-89; Bahamonde 1969: 91; Bravo Elizondo y Guerrero Jiménez 2000: 27-28.

formas colonialistas y capitalistas. En el Norte, el salitre concentró grandes contingentes proletarios que acabaron por constituir un contexto sociocultural distinto al del resto del país, en el que emerge la figura del pampino.

El primitivo pampino fue un minero que cambió de oficio y la nueva aventura lo engendró y lo puso a inaugurar cateos, pampas, rumbos, salares y también a teñir su fisonomía con los nuevos signos del caliche. Este tipo de pampino sin oficio definido, heredero del soldado de 1879, participante activo de la Revolución de 1891 en Huara y Pozo Almonte, fue un animal de fuerza y en mucho un heroico andariego de su desventura, empujado al sacrificio por la avidez de otros seres humanos que ejercían sobre él un poder económico, la justicia y la autoridad (Bahamonde 1973: 52-53).

Pronto, el desarrollo de la industria salitrera fue produciendo una cierta identidad laboral y cultural. Al decir de Mario Bahamonde, a comienzos del siglo XX, “toda la tierra nortina había adquirido cierta suerte de unidad territorial, a pesar del paisaje diferente”:

Desde entonces el pampino empezó a respetar su oficio y a sentir a través de su trabajo la enseña de su carácter. En el tajo abierto de las calicheras el oficio que desempeñó fue el de *corrector*, entendido por la práctica en las leyes del caliche; el de *particular*, que se afanó en explotar su calichera; el *cachorrero*, que se hizo hábil en destrozar los grandes bolsones de caliche; el de *herramientero*, trotador de distancias, montado en una mula, acarreando herramientas; el de *costrero*, ayudante del corrector. Y todos ellos bajo la severa mirada del *jefe de pampa*. Porque el pampino no fue solamente el hombre del pueblo que debió soportar el sol a plena intemperie del desierto. Nortinos fueron todos: el *canario*⁵, es decir, el *fichero*, la *libretera*⁶, el *pasatiempo*⁷, el *parolista*⁸ y también los que vistieron las mejores ropas: el contador, el jefe de campamento y el administrador. Todos fueron nortinos y todos sintieron encima el peso de la pampa (Bahamonde 1973: 54-55).

⁵ “Cajero que da los vales y recibe el dinero en la pulpería” (Lehnert 1997: 33); “Empleado del salitre, en las antiguas oficinas, que trabajaba entre rejas” (Bahamonde 1978: 81).

⁶ “Operario encargado por el trabajador de atender su libreta, de retirarle su dinero y hacerle reclamos en el Escritorio de la Oficina” (Lehnert 1997: 90).

⁷ “Personaje de las antiguas oficinas salitreras encargado de controlar el trabajo y la producción de los obreros” (Bahamonde 1978: 270); “El encargado de llevar la cuenta de los días y horas que trabajaban los operarios” (Lehnert 1997: 114).

⁸ “Pagador que lleva suples semanales a las Oficinas. Del inglés pay roll, ‘nómina, planilla de pago’” (Lehnert 1997: 114).

Pero, claro, los primeros pampinos no nacieron en la pampa. El desierto era eso, el gran despoblado de Atacama que mienta el Inca Garcilaso en sus *Comentarios*. Fue el oro blanco el que sedujo a miles de seres venidos desde todos los puntos del planeta: chilenos del Norte Chico, del centro y del sur, peruanos, bolivianos, argentinos, norteamericanos, españoles, italianos, ingleses, alemanes, yugoslavos, chinos, etc., acudieron por el hechizo y la ilusión de la aventura y la riqueza fácil. Así, una gran masa de hombres fue incorporada a la vida pampina a través de los ‘enganches’. Esos extraños aventureros no pudieron volver a sus lares y se quedaron y se convirtieron en pampinos.

La vida les fundió un carácter más adentro del rostro moreno, porque el pampino fue un chileno específico, diferentes de cuantos caracterizan a otras regiones: al huaso o al cargador de los puertos, al marinero o al carrilano. Y el carácter del pampino fluctúa entre una manera especial de mirar su propia existencia con algo de escepticismo y un trago de fatalidad (Bahamonde 1973: 57).

El término pampino/a implica una atribución de carácter espacial: la pampa es una región. El término región tiene como referente una porción de mundo, un espacio o entorno en el que el ser humano se sitúa, vive y del que, a menudo, se siente parte. La región es un ámbito, primariamente geográfico, pero también, y fundamentalmente, social y cultural: el ser humano no pertenece simplemente a un espacio, sino a un lugar, un territorio habitado por otros seres humanos, con los que comparte y construye mundo. Debe distinguirse, pues, entre ‘desierto’ y ‘pampa’. Mientras el primer término hace referencia a una extensión vacía, el segundo connota al espacio configurado “por los hombres y mujeres que venidos de los cuatro costados del planeta, se introdujeron en él, lo nombraron, lo construyeron, lo habitaron y hablaron de él en su cotidiano” (González Miranda 2002: 31).

2. *Hijo del salitre* y *Los pampinos*, con sus diferencias, incorporan, a través de sus protagonistas, el proceso de ‘pampinizarse’, para lo cual se aproximan naturalmente al tipo de narración que se conoce como novela de aprendizaje o de formación. La presencia de tal modelo es más evidente en *Hijo del salitre*, especie de novela autobiográfica que evoca la vida del dirigente social Elías Lafferte, entre los 9 y los 23 años; pero también se advierte, de modo más sutil, en *Los pampinos*, que narra las vicisitudes del joven aconcaguino Carlos Garrido.

Hacerse pampinos supone alcanzar una cierta identidad (conocimiento de sí mismo inserto en un territorio), reconocerse como tales. Esto es, precisamente, el proceso ideal del *Bildung*: el formarse, el prepararse para una vida activa plena. El *Bildungsgroman* o novela de formación se identifica con los ideales burgueses de la Europa moderna y, en este sentido, la proyección de su modelo a novelas latinoamericanas cuyo referente son personajes populares, trabajadores, proletarios, insertos

en procesos de colonización o capitalismo dependiente, sufre modificaciones de sentido y, por tanto, debe ser interpretada en su contexto específico.

La novela de formación⁹ sitúa al protagonista en el momento de su niñez o de su adolescencia (*Hijo del salitre*) o en un periodo anterior a la madurez (*Los pampinos*). Mediante sus experiencias los personajes llegan a conocerse a sí mismos, en nuestro caso llegan a identificarse como pampinos. El proceso de aprendizaje, además, permite a los personajes pasar de una etapa de pasividad y aislamiento a una de acción participativa. En ambas novelas, los protagonistas se integran a la vida y a la lucha proletaria. Como sucede en la novela de aprendizaje canónica, tanto *Hijo del salitre* como *Los pampinos* se constituyen también como novelas de tesis, en las que la ideología socialista proyecta su axiología desde la autoría textual. No obstante, como suele suceder en la narrativa latinoamericana (considerada su voluntad realista y testimonial), los ideales revolucionarios de los protagonistas no tienen su cumplimiento en el espacio narrativo y suelen proyectarse como utopías a un futuro ideal, más allá del texto. La idea del escritor como un agente social, con las funciones adheridas de testimonio y denuncia, la heredan nuestros novelistas también de su pertenencia a la generación o movimiento literario y cultural del 38¹⁰. Consecuentemente, ambos textos procuran, junto con diseñar un mundo relativamente autónomo, como corresponde a todo proceso de ficción, incorporar en su sistema axiológico valores importantes que tienen que ver con el sentido de recuperación histórica y social de episodios que, por una parte, marcan la vida de los protagonistas y, por otra, constituyen un testimonio y un rescate en procura de construir la verdadera historia de Chile.

Hijo del salitre, como se ha señalado, se construye a la manera de un relato biográfico que recupera, ficcionalizándolas, la niñez, adolescencia y juventud del dirigente social Elías Lafferte, inmersas en la problemática laboral del salitre, a comienzos del siglo XX y en el contexto de los inicios del movimiento obrero chileno. En este sentido, *Hijo del salitre* sigue muy de cerca el modelo de la novela de formación. De modo que se asiste a través de su historia (especialmente en la primera parte) a las distintas pruebas que ha tenido que pasar el protagonista en su proceso de

hacerse pampino: “Elías comprendió que su niñez había muerto. Murió en La Perla, bajo los golpes del combito de luma” (Teitelboim 2002: 39-40)¹¹. Ejerció duros oficios:

Volvió a trabajar en el salitre, de herramientero. Tomaba agua insaciable. El desierto lo bebía a su vez, lo deshidrataba, sorbiéndolo hasta la sed demencial. Experimentó de nuevo la angustiosa sensación de que el suyo era un trabajo sin tiempo. En las tardes la pampa le golpeaba el cerebro (...); le parecía que su amo real era el desierto omnipotente...

Se veía de herramientero, de matasapos¹² por la eternidad... (HS: 44)

Elías trabajó de Apir¹³, allí descubrió que hay materiales más pesados que el plomo, sobre todo, una arcilla muy jabonosa. Nunca le aprendió el nombre, pero su cuerpo supo siempre lo que era la condenada. Subió con el capacho a duras penas. En la superficie se encontró con su hermano. Los ojillos aterrados, sus piernas torcidas lleno de un horror de muerte empezó a llorar a su lado (HS: 58).

Como se ve, el hacerse pampino supone una primera etapa dolorosa: la adaptación estoica a las inclemencias de la naturaleza desértica y a la suma dureza del trabajo minero; luego de la cual (superada la prueba), el héroe asume su nueva condición.

Contempló la pampa por la ventanilla. Halló hermoso el desierto. Probablemente se había hecho nortino, pampino de alma. Tal vez el niño de Salamanca –florida y subtropical– se tornaba poco a poco hombre del páramo, hasta la médula de los huesos (HS: 82).

En *Los Pampinos* se evidencia en el personaje la diametral y hasta traumática mudanza que provoca en él la experiencia de la pampa. Lo primero que sorprende al huaso Garrido son las grandes extensiones: el mar y el desierto: “Su familiaridad con los bosques, con las montañas, con los ríos del interior de Aconcagua, no estaba hecha para apreciar la inmensidad del océano. El contraste fue demasiado violento (González Zenteno 1956: 7)¹⁴. Pronto perderá su “risa presuntuosa”, de campesino.

⁹ Remitimos a los clásicos trabajos de Suleiman 1974, 1977 y 1979. Para una aplicación en español, véase el excelente trabajo de Soto Feliú 1981.

¹⁰ Cedomil Goic caracteriza a esta generación (que él denomina del 42) como ‘neorrealista’ y señala, entre sus rasgos, “la aparición de un héroe colectivo protagonista de las luchas sociales obreras, mineras o campesinas y de situaciones de pugna social representadas bajo una perspectiva marxista”; “la aparición de un narrador parcial y solidario en relación a los explotados o los desposeídos” (1973: 47). Véase también Muñoz 1993.

¹¹ En adelante, HS.

¹² “Niños que deshacen los terrones y rompen las cristalizaciones grandes que estorban la ensacadura del salitre” (Lehnert 1997: 100).

¹³ “Minero que transporta minerales a la superficie en un capacho de cuero con dos axiales. Posiblemente, del quechua apani, ‘llevar’; apac, ‘el que lleva’; ‘llevador sobre sí’ (Lehnert 1997: 16).

¹⁴ En adelante LP.

En Iquique no le va muy bien y está a punto de regresar a sus pagos, pero “irme sin conocer las oficina, sería tontera” (LP: 91). Así, parte a la aventura. Al principio todo parece adverso, hostil:

Garrido, abrumado de pena, dejaba vagar su mirada triste por la amplia superficie del desierto, por los bajos cerros de la costa inundados de sol, por el páramo gris, lechoso, estacado de postes telefónicos, cuyos alambres rayaban de pentagramas el cielo. La soledad era completa y la aridez. Ni una brizna de hierba alegraba las sabanas. Arenales, salares y uno que otro remolino jugueteón haciendo girar su huso plomizo, denso de tierra y pedruscos, sobre la tierra (LP 155-6).

La nostalgia lo invade:

Una vaga sensación de malestar invadió al hombre. A su pesar y quién sabe contra su voluntad, el sur gravitó en sus sentimientos, acentuando el contraste. El sur, la vegetación, el color, la vida...
-¡A mi tierra! –exclamó–. No la cambio (LP 133).

Luego viene el tiempo del ‘sacrificarse para hacer dinero y luego volver’. González Zenteno, como buen nortino, logra concretar una convincente fisonomía de estos pampinos que, sin darse cuenta, empiezan a ser otros:

Así trabó conocimiento con la pampa, Carlos Garrido, y así se adentró en sus secretos. Fue uno más del montón, uno de tantos como la mayoría, que buscaba en el norte el punto de apoyo indispensable para labrarse después un seguro porvenir. El norte era para ellos el trampolín promisorio, desde el cual conquistarían en otros lugares una vida mejor.
Por eso había entusiasmo en las pupilas de los costeros¹⁵, de los barreteros¹⁶, de los particulares, de los llaveros¹⁷, de los derripiadores¹⁸, de los apires, de los

¹⁵ “Obrero de la antigua vida pampina, cuya labor consistía en estimar la ley de los caliches que acopiaban los particulares, mediante una mecha encendida sobre la cual hacían saltar trocitos de caliche” (Bahamonde 1978: 110); “Individuo que vigila la extracción y acopio del caliche para evitar la intromisión de costras y material de poca ley” (Lehnert 1997: 41).

¹⁶ “Operario que se ocupa en la perforación inicial de los tiros en la pampa” (Lehnert 1997: 23); “Personaje típico de las antiguas faenas mineras, cuya fuerza, que parecía sobrenatural, abrió los piques, galerías y socavones, arremetió con los cerros y realizó la remoción de toda la tierra requerida para el progreso regional primitivo” (Bahamonde 1978: 59).

¹⁷ “El que atiende la distribución de los líquidos en la elaboración” (Lehnert 1997: 95).

¹⁸ “Obrero encargado de limpiar los cachuchos después de cada fondada. El ripio del cachucho era un barro hirviendo y el derripiador tenía que sacarlo cuanto antes, para no interrumpir el proceso” (Bahamonde 1978: 142).

tiznados¹⁹, de todo ese mundo dicharachero y risueño que trajinaba las salitreras. Podía también atribuirse a otros factores ese habitual desenfado, y uno de ellos, no el menor, era su clásica serenidad ante el peligro o el infortunio. No le daban importancia a su labor y hasta se burlaban de ella. Por ejemplo: un tiro chingado era un riesgo mortal y, sin embargo, el barretero no se resistía a revisarlo de inmediato, contrariando las severas advertencias de las empresas. Y cuando salía indemne de la prueba en medio de la expectación de sus compañeros, les gritaba:

-¡Acérquense cobardes!... (LP 181).

La prueba más dura, la prueba de fuego, es sin duda, el extraviarse en el desierto, el suplicio de la sed y los engaños de los espejismos. Nótese como se despliegan aquí todos los motivos y tópicos que construyen la visión del desierto como infierno:

Avanzando a grandes zancadas por el encarrujado peto de costras (...); aquello no era un camino sino un mar inmóvil, erizado de crestas de sal. Sorteando como un poseído el encrespado oleaje, duro siniestro, agobiador, recorrió muchos kilómetros (...). Y durante el curso del día azaroso, no encontró nada, ni un arbusto, ni una brizna de hierba, ni un rancho, ni un sendero.

Las piernas le temblaban de fatiga y la sed le atenazeaba la garganta. Un polvo fino adherido a sus fosas nasales le impedía respirar. Miró desalentado el disco del sol, que se apoyaba en el borde del horizonte y, comprendiendo la inutilidad de su esfuerzo, dobló las rodillas y se fue de bruces.

.....
De pronto se incorporó expectante, equilibrándose apenas en sus temblorosas piernas.

-Gracias. Gracias –balbuceó, sorbiendo el aire con avidez–. Gracias. ¡Por fin!

Tenía enfrente una ciudad, un pueblo claro de tejados resplandecientes. Árboles, agua, animales, hombres.

.....
Largo tiempo avanzó tras el objetivo que pletórico de tonalidades, vívido, alucinador estaba siempre delante de sus ojos a la misma distancia. Pero, era incapaz de advertir el engaño. La pampa lo arrastraba irremisible a sus senos misteriosos y letales.

En los días sucesivos, la calentura dislocaba su razón con grotescas fantasías. Bosques, ciudades, campos, música, ojos, infiernos, voces. El sol cruzaba raudamente el espacio y él ignoraba su curso. Estaba en el centro de una bandeja de

¹⁹ “Obrero de la Maestranza” (Lehnert 1997: 145).

piedra, calentada al rojo, que deshidratava sus carnes, sus músculos, sus vísceras, su sangre (LP: 194-198).

Pero sobrevivió, “cavando un hoyo con sus manos ensangrentadas, lo encontraron unos indios y lo salvaron” (LP: 198). Lograr salir de aquel laberinto, “de aquel infierno de agujeros y montículos” (LP: 195) fue su bautismo de pampino. Nótese el cambio de perspectiva. Ahora a Carlos Garrido la pampa le parece hermosa y se siente feliz: “El mismo sol esplendoroso de todos los días alumbró la pampa. Un sol dorado, rubicundo, alegre. Garrido, que ya amaba el desierto, experimentó una sensación de plenitud al internarse por la huella” (LP: 270).

El proceso de aprendizaje (hacerse pampino) está evidentemente marcado por el espacio, el desierto nortino y por la sociabilidad pampina. De modo que en el esquema actancial que rige ambos relatos, los ayudantes o guías de los héroes en sus respectivos procesos de formación son de dos tipos o naturalezas: por un lado, el maestro más o menos convencional, representado por la figura de Luis Emilio Recabarren y, por otro, la influencia decisiva del territorio pampino. De hecho –al menos en el caso de Elías–, mucho antes que su despertar social, se da su condición de verdadero pampino²⁰, de ‘hijo del salitre’: “Cuando tocó de nuevo la pampa familiar, el yermo quemante bajo el sol eterno, se hubiera puesto a entonar un canto de triunfo, como si celebrara la reconquista del paraíso” (HS: 82)²¹. La función formadora de la pampa queda nítidamente manifiesta en el título de la novela.

3. Pero el hacerse pampino tiene en las novelas que estudiamos otra dimensión que trasciende el mero vínculo con el territorio pampino. Aludimos al sentido sacrificial colectivo que termina subsumiendo las historias particulares en la crónica social de sendas tragedias. En efecto, *Hijo del salitre* se abre, a partir de la segunda parte, al drama colectivo que culminará con la matanza de Santa María de Iquique (1907). De protagonista de un relato biográfico, Elías Lafferte se torna en testigo de una tragedia que terminará por moldear definitivamente su perfil humano. “Elías miró, observó, advirtió, se preguntó, oyó, sintió...”, vivo en medio de los muertos:

²⁰ “Elías es un pampino. Se hace pampino cuando comienza a trabajar en la pampa, cuando apenas tenía siete años; realizaba un trabajo demoledor para un niño de su edad, ahí se le acabó la infancia” (entrevista a Volodia Teitelboim en Meza Sánchez 2002: 22).

²¹ En otro lugar he estudiado el ‘hacerse nortino’ del hablante lírico nerudiano en el *Canto General*. En este caso se trata de un asunto cordial. El hablante llega a amar al desierto (imagen de la desolación y de la muerte) mediante su adhesión afectiva a los trabajadores, hombres y mujeres de la pampa (Véase Ostría 2004).

Toda la plaza estaba inundada de sangre y la muerte vivía particularmente en la escuela. Algunos chicuelos, que miraban aferrados al alféizar de la ventana, se precipitaron a tierra. Otros corrían hacia una y otra bocacalle.

El ruido de la muerte completa y de la muerte a medias llenó el espacio. Los muros de la escuela estaban acribillados.

... Trató de moverse. Se dio cuenta de que estaba aprisionado por los cuerpos (...) Sintió que la sangre le mojaba las piernas. Al sacar el brazo izquierdo, el vecino cayó sobre su pecho, con los ojos abiertos. Para él había llegado el cese del fuego. Se le caía encima la montaña de la muerte... (HS: 299).

Por su parte, *Los pampinos* desemboca en la matanza de La Coruña (1925) con su secuela de pánico, fuga desesperada y muertes incontables, entre ellas la de Carlos Garrido que realiza su destino como héroe trágico.

Y una andanada de disparos detuvo el desplazamiento de un puñado de hormigas grises que parecían reptar sobre las costras.

Una granada estalló medio a medio de los fosos e hizo saltar los cuerpos destrozados que piruetearon en el aire, para rodar en confuso revoltijo de sangre y vísceras, imprecaciones y lamentos (LP: 303).

Como en muchos relatos latinoamericanos, la evocación del pasado colectivo en la novela de la pampa salitrera alcanza un carácter traumático. Aun cuando, como ocurre con *Hijo del salitre* y *Los pampinos*, la axiología textual apunta a un recomienzo optimista, a la configuración de una utopía (Elías asume decididamente su trabajo de periodista a favor de los trabajadores; Timona, la viuda de Carlos Garrido, sueña con que el hijo de ambos sea digno del sacrificio de su padre), el impulso retrospectivo centrado en las masacres colectivas es demasiado fuerte. Esto, además, aparece reforzado por el hecho de que esas tragedias, esos problemas que tienen que ver con la historia latinoamericana, siguen, de algún modo, vigentes. Tiene razón Peter Elmore cuando advierte que “no es azaroso que la muerte sea un tema crucial y un motivo clave en las ficciones históricas” (1997: 17).

Con osadía rayana en la temeridad, se enfrentaron a los destacamentos y pagaron caro el arrojo. La muerte y el terror aplastaron rápidamente sus impetuosos arrebatos solidarios, dando paso al desconcierto, al pánico y la fuga que sucede a las derrotas.

Los moradores del Alto de San Antonio asistieron a lo que se les imaginaba un acabo de mundo (LP: 289).

En definitiva, ambas novelas –toda la narrativa del salitre, gran parte de la narrativa latinoamericana– se constituyen en discursos que buscan dar cuenta de hechos y

procesos históricos, en general, excluidos de la historia oficial. Procuran ser alternativas discursivas de la historia silenciada o escamoteada por el discurso historiográfico canónico. Por este camino, la novela de la pampa salitrera enfatiza la presencia de figuras culturales marginales que rompen o erosionan la pretendida homogeneidad del perfil identitario nacional y se abren a la posibilidad de considerar al otro, al ninguneado que, sin embargo, se resiste a desaparecer. En este sentido, la figura de Timona en *Los pampinos*, esa india adoctrinada por Recabarren que, no obstante, se niega a abandonar sus creencias ancestrales y que, contra, incluso, la axiología textual (racionalista) realiza su destino, anticipado por una gitana (“Se casará. Tendrá un hijo. Dos viajes largos. Te persigue la mala suerte, pequeña. Enviudarás muy joven”) (*LP*: 75), se yergue en un curioso ejemplo de alteridad resistente a la propia lógica narrativa.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bahamonde, Mario, “El relato literario en el Norte de Chile”, en M. Ostría (ed.), *La naturaleza y el hombre en la novela hispanoamericana*. Antofagasta: Universidad del Norte, 1969.
- , *Pampinos y salitreros*. Santiago: Quimantú, 1973.
- , *Diccionario de voces del Norte del Chile*. Santiago: Nascimento, 1978.
- Bermúdez Miral, Óscar, *Historia del salitre*. Desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico. Santiago: Universitaria, 1963.
- Bravo Elizondo, Pedro y Bernardo Guerrero Jiménez, *Historia y ficción literaria sobre el ciclo salitrero en Chile*. Iquique: Universidad Arturo Prat, 2000.
- Elmore, Peter, *La fábrica de la memoria*. La crisis de la representación en la novela histórica latinoamericana. Lima: FCE., 1997.
- Goic, Cedomil, “Brevisima relación de la historia de la novela hispanoamericana”, *La novela Hispanoamericana*. Descubrimiento e invención de América. Valparaíso: Ediciones Universitarias, 1973.
- González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa*. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre. Santiago: U. Arturo Prat / LOM / DIBAM, 2002.
- González Zenteno, Luis, *Los pampinos*. Santiago: Prensa Latinoamericana, 1956.
- Lehnert Santander, Roberto, *Diccionario de Léxico salitrero*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta, 1997.
- Marinello, Juan, *Meditación americana*. Cinco ensayos. Buenos Aires: Ediciones Procyón, 1959.
- Meza Sánchez, Macarena, *Autobiografía, historia y espacio en Hijo del salitre de Volodia Teitelboim*. Seminario para optar al grado de Licenciado en Educación con mención en Español, U. de Concepción, 2002.
- Moretic, Yerko, *El relato de la pampa salitrera*. Santiago: Ediciones del Litoral, 1962.

- Muñoz González Luis, “La generación de 1938”, en LMG y Dieter Oelker, *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos*. Concepción: Universidad de Concepción, 1993.
- Ostría González, Mauricio, “Visión nerudiana del desierto nortino”, *Revista Chilena de Literatura* 65: 111-121, 2004.
- Sabella, Andrés, *Norte Grande*. 1966-1936, 3ª. Buenos Aires: Orbe [1944], 1966.
- Soto Feliú, Román, “La formación del héroe. A propósito de los *Episodios Nacionales*”, *Acta Literaria*, 6: 57-78, 1981.
- Suleiman, Susan, “Pour une poétique du roman a thèse”, *Critique* 330: 995-1021, 1974.
- , “Le récit exemplaire”, *Poétique* 32: 468-489, 1976.
- , “La structure d’apprentissage”, *Poétique* 37: 24-42, 1979.
- Teitelboim, Volodia, *Hijo del salitre*, 3ª reimpr. Santiago: LOM ediciones [1952], 2002.

RESUMEN / ABSTRACT

La narrativa del salitre focaliza su atención en el proceso sociocultural producido a raíz de la explotación del nitrato en el norte de Chile. El oro blanco sedujo a miles de seres venidos desde todos los puntos del planeta. Esos extraños aventureros no pudieron volver a sus lares y se quedaron y se convirtieron en pampinos. Las novelas *Hijo del salitre* y *Los pampinos* incorporan, a través de sus protagonistas, el proceso de ‘pampinizarse’. Hacerse pampinos supone alcanzar una cierta identidad; el proceso implica una primera etapa dolorosa: la adaptación estoica a las inclemencias de la naturaleza desértica y a la dureza del trabajo minero; luego de la cual (superada la prueba), el héroe asume su nueva condición en tanto adhesión amorosa. Pero el hacerse pampinos contiene también un sentido sacrificial colectivo que termina subsumiendo las historias particulares en la crónica social de sendas tragedias.

PALABRAS CLAVE: Novela chilena, crónica social, Volodia Teitelboim, *Hijo de salitre*, Luis González Zenteno, *Los pampinos*

BECOMING “PAMPINOS”

The narratives which center on the world of the nitrate mines of the north of Chile focus on the sociocultural processes which arose as a result of the exploitation of those mines. The white gold was an attraction to thousands who came from all over the world. These adventurers were not able to return to their original homes, remained in the north of Chile and became “pampinos.” The novels Hijo del salitre and Los pampinos represents in the story of their protagonists this process of becoming a “pampino.” This process has two stages and involves the creation of a specific identity. The first one is the painful and stoic acceptance of the harshness of the desert landscape and the strenuous work of the miner’s trade. In the second one, the hero, who has experienced the first stage in all its dimensions, assumes his new condition by identifying in the fullest human sense with his new life. But becoming a “pampino” also entails a collective sacrificial sense, which sets the particular human stories under the light of the social chronicle of their tragedies.

KEY WORDS: Chilean novel, social chronicle, Volodia Teitelboim, Hijo de salitre, Luis González Zenteno, Los pampinos.